

## *Historia de la locura en la época clásica y movimiento antipsiquiátrico*

*Juan Pastor Martín\**

Universidad de Oviedo

*Anastasio Ovejero Bernal\*\**

Universidad de Valladolid

### Resumen

---

Este año se cumplen veinticinco de la muerte del psicólogo y filósofo francés Michel Foucault, uno de los más grandes pensadores del pasado siglo. Buen momento para acordarnos de él. En concreto, nosotros repasaremos *Historia de la locura en la época clásica*, analizando sus relaciones con el movimiento antipsiquiátrico, un movimiento con un evidente «aire de familia» con la tesis doctoral de Foucault.

*Palabras clave:* Michel Foucault, locura, antipsiquiatría.

### Abstract

---

*Madness and Civilization* (originally published in 1961), was Foucault's first major book, mostly written while he was the Director of the Maison de France in Sweden. It examines ideas, practices, institutions, art and literature relating to madness in Western history. Anti-psychiatry advocates such as R. D. Laing have attempted to portray Foucault as sympathetic to their movement on the basis of *Madness and Civilization*. What we expect with this article, eventually, is analyse the relationship between *Madness and civilization and anti-psychiatry*, a movement that emerged in the 1960s hostile to most of the fundamental assumptions and common practices of psychiatry.

*Keywords:* Foucault, madness, anti-psychiatry

\* Correspondencia: Universidad de Oviedo. Correspondencia: Juan Pastor Martín. Facultad de Psicología. Universidad de Oviedo. 33003. Oviedo (Spain). <jpastor@uniovi.es>.

\*\* Universidad de Valladolid.

## HISTORIA DE LA LOCURA EN LA ÉPOCA CLÁSICA

Cuando se habla de Michel Foucault, es habitual hablar de distintas etapas (arqueología/genealogía, saber/poder/subjetividad). Nosotros no estamos muy de acuerdo; es más, sostenemos que Foucault es más homogéneo y coherente de lo que parece. Un ejemplo de ello lo tenemos en su tesis doctoral *Historia de la locura en la época clásica* (Foucault, 1997), donde aparecen esbozados todos los temas que Foucault va a desarrollar a lo largo de su vida filosófica (habla de arqueología pero hace genealogía, habla tanto del saber (psiquiátrico) como del poder (institucional) y del sujeto psicológico.

Otro ejemplo de la homogeneidad y coherencia de Foucault lo tenemos en que todos los libros de Foucault empiezan igual: esta experiencia (la enfermedad mental, la delincuencia, la sexualidad, nuestra subjetividad o nuestro saber) no es un universal antropológico sino un «invento reciente». Tras analizar la génesis histórica de esa experiencia, finaliza siempre de la misma manera: si esta experiencia se ha construido así a través de diversas prácticas humanas (institucionales, discursivas, sexuales, de subjetivación...) histórica y socialmente condicionadas, es decir, si esta experiencia no siempre ha sido así, puede que mañana esta experiencia sea distinta. Foucault nos advierte que lo que hoy es no siempre ha sido, y, lo que es más importante, no tiene porqué seguir siendo así mañana.

Veamos el ejemplo de *Historia de la locura...* (tesis doctoral apadrinada por Georges Canguilhem, compañero de Jean-Paul Sartre, Daniel Lagache y Raymond Aron en la mítica promoción de 1924 de la Escuela Normal Superior de la Rue d'Ulm), análisis de la génesis histórica, sobre la base de la difusa experiencia de la locura, de la «enfermedad mental». La locura, como la perversión sexual o la delincuencia, es «lo otro» de la racionalidad moderna, lo rechazado y expulsado más allá de los límites de la razón. Foucault nos muestra cómo hasta 1656 (fundación del Hospital General de París) la locura está presente en la vida cotidiana, conviviendo con otras formas de experiencia. Pero al desaparecer la lepra en Europa, los leprosarios, más de veinte mil en la Europa cristiana, se transforman en centros de reclusión e internamiento donde encerrar indiscriminadamente a todo aquel que no pueda justificar su modo de ganarse la vida. Aproximadamente un ¡10%! de la población parisina es internada, y el loco, ahora insensato, va a ser encerrado junto a enfermos y ancianos, criminales y pobres, viciosos y pervertidos, herejes y ociosos, rebeldes y libertinos. Y es que este Hospital General aún no es una institución médica sino, por el contrario, un espacio jurídicopolicial.

1794 (Pinel funda el primer Hospital psiquiátrico) será la fecha elegida por Foucault para dar paso a la tercera etapa de su viaje: la Reforma Psiquiátrica desarrollada, sobre todo, por Pinel en Francia y Tuke en Inglaterra. Esta Reforma Psiquiátrica se presenta como la sustitución del inhumano encierro por el humanitario tratamiento

médico. Pero Foucault nos muestra cómo «lo que se dice que se hace» (curar enfermedades) no coincide con «lo que se hace realmente» (moralizar, gobernar, disciplinar). Vayamos por partes.

Se cierran los internados por motivos económicos, pues el internamiento de tantísima gente era una aberración para un nuevo sistema de producción industrial capitalista que necesitaba gran cantidad de mano de obra. Los encerrados son liberados para que se conviertan o bien en trabajadores o bien en «ejército industrial de reserva», es decir, en parados que permitan bajos salarios y pocas reivindicaciones laborales. Los internados clásicos servían para esconder el desempleo; los nuevos manicomios, por el contrario, lo crean y lo hacen visible. De tal manera que nuestra sociedad crea dos nuevas instituciones: el hospital médico (para aquellos que no pueden trabajar por motivos físicos) y el hospital psiquiátrico (para los que no puedan trabajar por motivos psicológicos). Hay que convertir a los extravagantes en fuerza de trabajo, esa es la razón de ser de este convento secularizado que, al igual que la cárcel, ya no busca fabricar sujetos para el cielo, sino para que trabajen aquí en la tierra. Foucault nos muestra cómo los hospitales psiquiátricos, al igual que las cárceles, son lugares de inclusión, más que de exclusión; lugares que reintroducen como trabajadores asalariados individuos peligrosos desligados del mercado de trabajo. Así, el silogismo razonable laboral de la ergoterapia presente en estos hospitales es: «si no trabajas, no sales», pues se asume que normal es aquél que trabaja. Los internos que quieran y puedan trabajar serán liberados, los que no entren en razón (razón instrumental, por supuesto) serán sometidos a tratamiento psiquiátrico.

En estos nuevos y reformados hospitales médicos, la locura se medicaliza (aparece por primera vez la figura del psiquiatra, que sustituye a jueces, policías y carceleros), con lo que la anormalidad se convierte en patología y el desorden moral en desorden natural. El perturbador del orden moral es ahora un perturbado mental que ya no requiere castigo sino terapia, con lo que los almacenes de residuos se transforman en lugares de curación. Qué tranquilizador resulta saber que, finalmente, aquellos que encerrábamos estaban enfermos...

Esta Reforma Psiquiátrica es, para Foucault, una gran falacia, pues no pretende liberar a los locos de un tratamiento inhumano, sino que lo que pretende es dominarlos mejor (más refinada y sutilmente; por ello, más eficazmente) a través de un nuevo discurso más acorde con el nuevo discurso humanista ilustrado. Cambia el discurso legitimador, pero no así las prácticas institucionales (ergoterapia, terapia moral...), que apenas se ven modificadas. Se sigue encerrando desorden moral, pero se dice que se tratan desordenes mentales.

Esta es la primera vez, desde luego no será la última, que la crítica foucaultiana se centra en las ciencias que legitiman nuestro violento orden social; en los saberes que

mantienen poderes; en los discursos y racionalizaciones que envuelven las instituciones, enmascarando su funcionamiento y su razón de ser.

Podíamos objetar al planteamiento foucaultiano dos cosas: por un lado, Foucault no tiene en cuenta disfunciones orgánicas y psicológicas reales, por muy medicalizadas que se nos presenten por la psiquiatría; por otro lado, la locura no es una experiencia mística próxima a la genialidad artística (la reivindicación dionisiaca que hace el pensador francés de la locura es más una pose inmadura que una posición científica rigurosa). No obstante, a pesar de estos errores, que el propio Foucault irá rectificando a lo largo de su vida filosófica, *Historia de la locura* irrumpe como una nueva manera de hacer historia (Foucault es, junto a Althusser y Braudel, uno de los introductores en Francia de la discontinuidad en la historia, perspectiva que continuarán, entre otros, Veyne o Chatier).

Aunque conviene recordar que Foucault no hace historia, sino filosofía sobre experiencias construidas históricamente, que no lo es lo mismo. Foucault no hace historia, sino que utiliza la historia para hacer filosofía. Foucault no es historiador; Foucault escribe historias. Incluso podríamos decir que Foucault utiliza «la historia» para contar sus «historias». Pero, evidentemente, esta es otra historia que deberá ser contada en otra ocasión.

## HISTORIA DE LA LOCURA EN LA ÉPOCA CLÁSICA Y MOVIMIENTO ANTIPSIQUIÁTRICO

*Historia de la locura...* tuvo una buena aceptación entre los círculos académicos franceses como un libro de epistemología e historia de las ciencias. No obstante, no fue un éxito, con gran pesar por parte de Foucault, que soñaba con que sería un nuevo «*El ser y la nada*» que le convirtiese en un nuevo Jean Paul Sartre. Pero algunos años después de su publicación, *Historia de la locura...* será reinterpretada, bajo la mirada antipsiquiátrica (será traducida al inglés en 1965 y publicada en la colección *Studies in existentialism and phenomenology*, dirigida por Ronald Laing, y con un prólogo de David Cooper), como una poderosa herramienta a favor del cierre de los hospitales psiquiátricos, convirtiéndose el propio Foucault en uno de los principales abanderados de este movimiento, dando a este libro una dimensión política antiautoritaria, próximo a la «Nueva izquierda» y a los movimientos sociales de los sesenta, que Foucault ni sospechaba antes de iniciar su escritura.

Entendemos por «movimiento antipsiquiátrico» una colectividad de médicos psiquiatras que, a finales de la década de los sesenta, va a rechazar una psiquiatría médica, a la vez que va a proponer otra psiquiatría alternativa más social y comunitaria. Por lo tanto, más que hablar de médicos antipsiquiatras habría que hablar de «psiquiatras antimédicos».

El planteamiento es, más o menos, el siguiente: diversos autores, Laing, por ejemplo, van a caracterizar los trastornos psicóticos, más concretamente la esquizofrenia, como un problema relacional y no orgánico; es decir, como un trastorno derivado de la adaptación del sujeto a su entorno social (algo apuntado ya por el norteamericano Gregory Bateson). Si la patología tiene su origen en el contexto familiar y comunitario en el que vive el sujeto, es allí donde debe producirse la terapia, y no en un contexto hospitalario. La antipsiquiatría supone, por tanto, una crítica feroz tanto a esa forma de represión institucional que son los hospitales psiquiátricos (fábricas de enfermos crónicos dependientes de la propia institución psiquiátrica), como a alguna de sus prácticas más terroríficas: electroshock, privaciones (sensoriales, de sueño o de comida), coma insulínico, lobotomías....

«Antipsiquiatría» es un término propuesto en 1967 por Cooper en su libro *Psiquiatría y antipsiquiatría* (1985) que obtiene una gran resonancia en un momento de crítica generalizada a la autoridad y a la represión (estamos dentro de la corriente de Mayo del 68), pues la reclusión psiquiátrica es el paradigma de una represión grosera legitimada por el 'saberpoder' psiquiátrico. Las primeras experiencias psiquiátricas críticas y desinstitucionalizadoras no se inician en este momento, sino que ya estaban siendo ensayadas desde hace años; no obstante, será tras Mayo del 68, y a través de la crítica contracultural, cuando esta cuestión salte a la opinión pública, traspasando así los círculos profesionales y universitarios, con lo que la represión psiquiátrica va a ser criticada ahora tanto desde dentro (movimiento antipsiquiátrico) como desde fuera (nuevos movimientos sociales de los años sesenta).

Otorgarle a Foucault el papel de abanderado del movimiento antipsiquiátrico se debe, sobre todo, a razones sociológicas externas a su tesis doctoral, pues sólo una lectura superficial de *Historia de la locura...* puede llevarnos a situar a Foucault dentro de este movimiento, a pesar del evidente aire de familia entre algunos argumentos foucaultianos y antipsiquiátricos. Y es que Foucault es tan crítico con los hospitales psiquiátricos como con los humanitarios hospitalitos antipsiquiatras (el Kingsey Hall de Cooper no es tan distinto al Retiro del también británico Tuke). Es más, nos me atrevemos a sostener que la crítica a la Gran Reforma Psiquiátrica de Tuke y Pintel que Foucault desarrolla en *Historia de la locura...* podría aplicarse, también, al propio movimiento antipsiquiátrico.

Un análisis en profundidad evidencia cómo los planteamientos foucaultianos se encuentran muy alejados de los antipsiquiátricos. Foucault comparte con la antipsiquiatría su vertiente negativa y destructiva: crítica al encierro y a los hospitales psiquiátricos, pero no su vertiente positiva y constructiva: redefinición de la locura/patología, a nivel etiológico y a nivel terapéutico, como una cuestión relacional, y propuesta terapéutica alternativa (psiquiatría social, psicología comunitaria, terapia sistémica). En nuestra opinión, *Historia de la locura...* y el movimiento antipsiquiátrico son, en realidad, dos

árboles distintos cuyas ramas se entremezclan, pero cuyas raíces se encuentran claramente diferenciadas. Se trata, por tanto, de planteamientos radicalmente distintos (en el sentido etimológico del término «radical», que es *raíz*). Quizás la explicación resida en que, como suele suceder muy a menudo, están utilizando el mismo término, «locura», para referirse a dos conceptos muy distintos: mientras a Foucault le interesa el Nietzsche anterior a su derrumbe esquizofrénico en Turín, a los antipsiquiatras les interesa, por el contrario, el Nietzsche posterior a su derrumbamiento; mientras Foucault habla de genialidad artística, los antipsiquiatras hablan de esquizofrenia.

No obstante, parece que Foucault no se encuentra muy a disgusto como abandonado de la antipsiquiatría; de hecho, influirá en la traducción al francés de la obra del norteamericano Thomas Szasz y participará en diversos encuentros y debates con destacados representantes de este movimiento (Laing, Cooper, Basaglia...). Y es que el movimiento antipsiquiátrico tiene un contenido político muy cercano a las posiciones de una Nueva Izquierda emergente; muy cercano, por ejemplo, al pensamiento de Marcuse. Y parece que a Foucault no le desagrade que *Historia de la locura...*, pese a ser concebida con otro objeto (¿convertirse en un nuevo *El ser y la nada?*), sea utilizada ahora por el movimiento antipsiquiátrico para sus propios intereses políticos; intereses muy cercanos, por cierto, a los del propio Foucault.

La antipsiquiatría supone, ante todo y sobre todo, un ejercicio de autocritica por parte de la comunidad psiquiátrica; ejercicio que cuestiona no sólo el ejercicio profesional de la psiquiatría, sino también el papel político del psiquiatra como instrumento de control social de aquellos que no encajan con una normalidad/moralidad dominante; lo que otorga un aire de familia a esta antipsiquiatría, no sólo con Michel Foucault, sino también, por ejemplo, con la *Radical therapist* norteamericana o con el pensamiento de Deleuze y Guattari, que integran la lucha psiquiátrica, al caracterizar al «loco» como un sujeto oprimido, dentro de una lucha más global contra la dominación y el abuso de poder del sistema capitalista (productividad económica como norma social). En Italia, por ejemplo, donde es preciso destacar a Basaglia y sus comunidades terapéuticas (comunidades como las de Gorizia, Trieste o Parma que no se van a limitar a sustituir muros por árboles, sino que van a ir a la raíz del tratamiento psiquiátrico intentando transformar radicalmente roles, prácticas terapéuticas y relaciones de poder), el posicionamiento político llegó tan lejos que hizo que de este movimiento antipsiquiátrico surgiese un partido político, *Psichiatria Democratica*, que consiguió en 1978 que el Parlamento italiano aprobase la *ley 180* que proclamaba la supresión de los hospitales psiquiátricos e integraba a la psiquiatría dentro de unos reformados Servicios Sanitarios.

Para concluir con la antipsiquiatría, diremos que este movimiento obtuvo un éxito relativo. Por un lado, es evidente su decisiva contribución al cierre de los hospitales psiquiátricos; por otro lado, no es menos evidente su fracaso a la hora, no sólo de imponer

científicamente sus planteamientos sobre el origen (etiología) de la enfermedad mental, sino también a la hora de desarrollar sus alternativas terapéuticas (en parte porque los viejos psiquiatras jamás aceptaron el cambio de rol que proponía la antipsiquiatría). No obstante, también el éxito debe ser matizado, pues si bien los hospitales psiquiátricos estaban siendo criticados por ser caros, ineficaces, represivos e inhumanos, fue, sin duda alguna, su elevado coste económico la variable determinante para su cierre, y no variables científicoterapéuticas (la aparición de un nuevo tratamiento mejor y más eficaz), políticas (crítica a la represión psiquiátrica) o humanitarias (condiciones inhumanas de vida en el interior de estos manicomios). Por ello, podemos decir que la crítica antipsiquiátrica, y también la foucaultiana, a los hospitales psiquiátricos fue utilizada por el sistema para legitimar científica y socialmente una medida política que, en realidad, se había tomado por motivos económicos: los hospitales psiquiátricos eran muchísimo más caros que los nuevos fármacos, infalibles «camisas de fuerza químicas».

Así las cosas, esta perspectiva social de la psiquiatría se nos presenta hoy como una alternativa efímera que acabó fagocitada por el sistema que decía combatir (un movimiento antisistema que acabó por reforzar el sistema que supuestamente pretendía derribar). Como suele ocurrir, el resultado final no acabó de convencer ni a los propios antipsiquiatras. No obstante, no deberíamos ser injustos con la antipsiquiatría; seguramente hicieron todo lo que se les permitió hacer. Apenas fueron unos fuegos de artificio; tras la explosión inicial no quedó más que humo. Pero, todo hay que reconocerlo, fueron unos bellísimos fuegos de artificio.

## REFERENCIAS

- Cooper, D. (1985). *Psiquiatría y antipsiquiatría*. Barcelona: Paidós.
- Foucault, M. (1997). *Historia de la locura en la época clásica*. México: Fondo de Cultura Económica.